

Belisario

El porvenir del país no podía presentarse más oscuro; pero a fuerza de mirar en esa noche negra, en silencio y con los ojos muy abiertos como las lechuzas, yo había dado con un "hombre";

Era Belisario Troncoso o mejor dicho Belicoso Troncario, varón dispuesto a cualquier cosa a quien por una ironía del destino sus compañeros de colegio habían bautizado con el nombre inofensivo de "Silabario".

Enamorado, feo y espadachín como Cirano; con capa española, hongo, cachimba y patillas de procer de la Independencia; íntimo amigo del Ministro de Hacienda, Pablo Ramírez a quien recriminaba noche a noche por estar al servicio de la tiranía; noctámbulo incorregible, abogado, miembro de la "Sociedad de Hermanos Castos y de la Gota de Vino" y contertulio asiduo de todas las imprentas de Santiago, Belisario contaba con una "diabetis" más temible que su catadura y su espada.

La diabetis era su fuerza motriz. En la vida ordinaria no la tomaba en cuenta para nada y comía y bebía sin reparar en prescripciones médicas; pero en los casos de peligro, la preterida dolencia recobraba sus fueros para convertirse en una fuente inagotable de heroísmo.

- Déjenme el asunto a mí. ¡Que me importa que me maten; ¡Para que voy a vivir con esta maldita diabetis....!

Jamás nadie sacó mayor fuerza moral de una debilidad física. En Belisario el valor era un sub-producto de la diabetis, ni más ni menos que el azúcar.

Vigorizado por su enfermedad, publicó una carta-abierta provocando al propio Coronel Ibañez para arrastrarlo al campo del honor y, como el aludido no recogiera las ofensas, promovió en el Club Setiembre, del cual era director, un incidente al Capitán don Mario Bravo que pasaba por uno de los leones de la dictadura y no paró hasta cambiar con él un par de tiros.

Pero en aquellos días el mismo Belisario andaba desilusionado.

Lo encontré en la mañana misma que debía efectuarse la elección presidencial del Coronel Ibañez y casi no me saludó.

- En este país no hay hombres - me dijo -; Si hubiera unos doscientos bien resueltos no veríamos lo que hoy estamos viendo;

La ciudad estaba empapelada con retratos de D. Carlos Ibañez, colocados bastante alto para evitar los desacatos de algunos descontentos. El Sr. Ibañez era candidato único. Sesenta obreros que tuvieron la audacia de proclamar al Sr. Lafferte, fueron enviados a la Isla de Juan Fernandez. Los doscientos audaces que necesitaba Belisario Troncoso no se veían en ninguna parte. Tampoco había esperanza de que la gente se abstuviera de votar. Una disposición de carácter legal, sancionaba la abstención y era probable que los sufragios no caídos en las urnas, se computaran, en un rapto de celo gobiernista, como favorables al Sr. Ibañez.

Sin más esperanza que la bien modesta de observar el fraude, en las distintas mesas, un grupo de amigos nos habíamos comprometido a votar por Rafael Luis Gumucio.

Me tocó hacerlo en la Municipalidad. El Presidente de la mesa, Augusto Ovalle, lleno de entusiasmo, exhortaba a los sufragantes al cumplimiento de su deber cívico.

- ¡A votar niños! ¡Nada de tapujos! ¡Aquí se vota a calzón quitado por mi Coronel!

Un señor de aspecto tímido estaba de pié frente a él. Parecía no decidirse:

- ¿De modo que solo por el Sr. Ibañez?....?

- ¡Sí, señor!

Le alargué un voto en favor de Gumucio, que echó al sobre con cierto sobresalto.

- Yo también voto por él.

Augusto Ovalle no perdía su invariable buen humor.

- ¡Perfectamente! ¡Vota si quieres por Gumucio, pero, no te olvides de mandarme una botella de pisco, al pasar por el Perú!

La simpática alusión al destierro fué acogida con sonrisas por la concurrencia.

Demás está decir que en el cómputo no salió un solo voto por Gumucio.

Días después supe por Ignacio García, asiduo de la Mone-da, que la forma de escrutinio realizado por el Director del Diario Oficial, había disgustado al Coronel.

- Ibañez es hombre serio, me dijo, Cuando supe que Patilloca había puesto los votos boca abajo y, contándolos, sin leer lo que decían, había declarado simplemente: "Son tantos sufragios por el Coronel", se manifestó molesto. No había necesidad. ¿No te parece?

En realidad era innecesario. En las poblaciones rurales

Los carabineros se habían encargado de llevar a los votantes, bien vigilados, a las urnas. En algunas partes, la autoridad, le dió además de los consejos de rigor una empanada y cinco pesos.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile